

El otro Juan Carlos Rubio

Pedro M. VÍllora

No, no es que haya otro Juan Carlos Rubio –que lo habrá, pero no lo conozco-, sino que Juan Carlos es él y al mismo tiempo es otro; ni mejor ni peor, pero distinto, eso sí. ¿O acaso no habrá tanta diferencia y el otro Juan Carlos será igual al primero y, por tanto, al único? ¿Es Juan Carlos verdaderamente Juan Carlos? ¿Es él este autor que escribe obras sobre la identidad? ¿Es Juan Carlos Rubio el dramaturgo que una y otra vez hace que los personajes se pregunten acerca de sí mismos, se cuestionen, se sientan insatisfechos con lo que son -o lo que creen que son-, y finalmente decidan afrontar un cambio, a pesar de que quizá para entonces hayan cambiado ya? ¿Es Juan Carlos quien nos hace partícipes de esta obsesión o es el otro Juan Carlos?

Sí, sin duda Juan Carlos no es Juan Carlos y a la vez no puede dejar de serlo. ¿Qué sabemos de cierto acerca de él? Poca cosa: que en 1967 nació en Montilla (Córdoba), que tiene el título de Interpretación por la Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid, y que, consecuentemente, ha trabajado como actor en obras de Buero Vallejo y Cervantes, así como en *Los padres terribles*, de ese otro cuestionador de la identidad que fue Jean Cocteau. Aunque hay más datos: por ejemplo, su condición de presentador de televisión; y, sobre todo, su ya abundante labor como guionista de películas y series. Se trata, pues, de un escritor que actúa lo escrito por otros, o acaso de un intérprete que escribe para que sean otros los que se encarguen de dar vida a esos personajes creados por él. Evidentemente, hay aquí un sugerente juego de solapamientos e identidades, pero el corazón de la poética del autor no está ahí, o no sólo.

Un rápido repaso a sus obras descubre un conjunto de seres que desean dejar de ser ellos mismos para convertirse en otros... en unos otros

que, siendo distintos, aún serán lo que antes fueron. Personas que, al enfrentarse con la realidad de sus vidas, se plantean dos posibilidades: renunciar a las máscaras sociales que esconden diversos aspectos de su personalidad que ellos creen que representan lo más auténtico de todo aquello que son, o abandonar definitivamente pautas asumidas de comportamiento que han condicionado sus relaciones con los otros a la par que suponían un lastre para la percepción del entorno y, por tanto, también para la comprensión de la propia manera de ser.

La producción dramática de Juan Carlos Rubio comenzó en 1996 con la escritura de *Esta noche no estoy para nadie*, una obra que al año siguiente conseguiría el Premio Ciudad de Alcorcón en su modalidad de autores menores de 30 años y que en ese mismo 1997 sería estrenada en Barcelona con un reparto encabezado por Esperanza Roy. Este poco frecuente interés de una actriz popular por el texto de un escritor novel es un buen indicativo de la meticulosa profesionalidad con que está escrito, especialmente en cuanto se refiere al diseño de caracteres. La obra presenta la difícil convivencia entre una mujer madura y su hija tras la casi coincidente separación de sus respectivos maridos. Bajo un envoltorio encantador de aparente frivolidad se muestran cuatro retratos de otras tantas soledades: estas dos mujeres y sus ex parejas han llegado a un punto en que dejan de respetar al otro y, por tanto, ya no se respetan a sí mismos. La vida los ha llevado por terrenos de frenesí y deseos reprimidos, sin darles tiempo para recapacitar, mirarse en el espejo interior y aprender a reconocerse. Lo admirable en la obra es que al autor no le basta con que sus criaturas comprendan que deben cambiar y, sin más, cambien. Ya se sabe que no hay cambio sin crisis y a la vez la misma crisis ya supone un cambio; por consiguiente, el mero empeño de hacer las cosas no significa que la identidad se vea afectada, porque la variación puede quedarse en lo simplemente superficial; así, estos personajes chocan contra un muro

imprevisto: la evidencia de que hace falta algo más que variar de manera de comportarse para que las cosas esenciales funcionen de otro modo, pues la voluntad y la conducta son dos elementos fundamentales para la definición de la personalidad, pero no los únicos. De ahí que los personajes, en su empeño por hacerse mejores, lleguen al extremo en que se vean obligados a gritar que en determinado momento no están para nadie: lo que realmente quieren decir es que no están ni siquiera para ellos, porque han aprendido que no hay crecimiento interior sin dolor, ni maduración sin sacrificio, y que ser otro es mucho más difícil que seguir siendo nada.

En su siguiente obra, la aún inédita y no representada *Tres* (1998), vuelve a transitar los caminos de la comedia urbana, tan afín a los gustos contemporáneos, y lo hace de la mano de tres mujeres, antiguas compañeras de colegio que recuperan su relación veinte años después, cuando la vida las ha distanciado. Ahora son unas treintañeras que responden a distintos arquetipos –de lo casero a lo profesional- pero que están aunadas por una misma incapacidad para establecer relaciones sólidas con los hombres y por cierta sensación de agobio ante la madurez inminente. Para intentar mitigar ese sentimiento de frustración, deciden quedarse embarazadas las tres del mismo hombre.

La anécdota de *Tres* es ingeniosa y la habilidad de su construcción está acompañada por unos diálogos fluidos y vibrantes que delatan el buen oído del autor y su capacidad para reflejar el habla coloquial limpia de vulgarismos y corregida desde una elegancia discreta y nada aparatosa. Pero, fuera de logros literarios, destaca la reaparición de esas constantes que marcan el universo dramático de Rubio, pues todo aquí está puesto al servicio del cuestionamiento de la identidad y de cómo el anhelo por conseguir otro aspecto, otro estado y otra situación personal puede quedarse en el terreno de lo ilusorio cuando no se precisan hasta la extenuación las causas que originan la insatisfacción, y que no tienen por

qué ser las que uno se confiesa a sí mismo o a los demás. De esta manera, la opción de los personajes a favor de la maternidad se convierte en un simple sustitutivo cuando deja de aparentar ser un fin para descubrirse como un medio para abandonar un presente incómodo y adentrarse en una nueva realidad. Pero hay que advertir que Rubio no es un moralista y no juzga a sus personajes ni, consecuentemente, condena sus equivocaciones ni estigmatiza sus decisiones impropias; no constriñe la lectura del receptor a una única pauta, y permite que los puntos de vista sean múltiples y la experiencia con la obra más enriquecedora que si se limitase a proponer una perspectiva obligada y no transformable.

Esta pesquisa acerca de las condiciones de la personalidad se hará explícita en una obra de 2000, la también inédita y no estrenada *5 historias intolerables*, que se abre con el siguiente epígrafe de Giovanni Papini: “Cada hombre es diverso, distinto a los demás, inefable, único, absolutamente personal. La igualdad humana es una ilusión intelectual engendrada por un anhelo sentimental”. Aparte de lo insólito de ver a Papini citado por un autor relativamente joven, lo importante es comprobar cómo Rubio insiste en el estudio de la diferencia, aunque ya no se trata de lo diferente que uno mismo desea ser sino en lo que distingue al uno del otro. Para ello presenta a cinco personajes que pretenden ser arquetipos que ilustran el sustantivo que los nombra: Viejo, Gay, Transexual, Negro y Mujer. Son lo que estas palabras sugieren y no son nada más, luego tienen una identidad muy marcada y nada flexible que el autor enfrenta para recrear sobre el escenario la intolerancia de la sociedad contemporánea respecto de aquellos que son distintos a la generalización globalizada y uniformada impuesta por la convención y la costumbre. Rubio se acerca a la diversidad para revelar el espanto de la identidad impuesta, aunque sin descuidar la crítica a cierta tiranía que también se establece desde las minorías radicalizadas e intransigentes.

El año 2001 es importante en la trayectoria de Rubio porque escribe y estrena una afortunada pieza infantil, *El bosque es mío*, utilizada por el Ministerio de Medio Ambiente en su campaña contra los incendios forestales. El choque cultural que se produce entre unos chicos de ciudad y personas del campo se atiene a las reglas del género y concluye con la perfecta integración de los urbanitas, pero Rubio enriquece este planteamiento dando entrada a otros conflictos que tienen que ver con los cambios de la personalidad propios de la adolescencia y con la asunción de pautas de comportamiento e interacción viciadas por la costumbre y la madurez y que en muy pocas ocasiones son cuestionadas, convirtiéndose en elementos de identidad inconscientes y posiblemente ni siquiera aprobados por el propio individuo. Así, Juan Carlos Rubio aprovecha para mostrar dos aspectos del ser desde dos edades: cuando se experimentan los vértigos del cambio y cuando se sufren las consecuencias de haber fijado una conducta con la intención de que ya sea invariable.

Y también del año 2001 es *10*, la tercera de una todavía inacabada serie de obras con título numérico y que un año más tarde fue estrenada por la compañía de Juan Luis Galiardo, el segundo actor importante interesado en los textos de este creador en progresión y con tan buena trayectoria. *10* es la historia de un triunfador insoportable que decide transformarse, llevándose por delante en su proyecto de mejora todo lo que encuentra, lo cual incluye sus relaciones familiares. *10* habla de las exigencias de perfección despiadada y de cómo el cambio no significa necesariamente purificación. Rubio aprovecha también para denunciar la falsedad de vivir mediante tópicos y experiencias vicarias que no consideran la necesidad de asumir y empuñar las propias riendas. Un signo de identidad puede ser dejarse llevar –aunque sea hasta el éxito–, pero es indudable que ahí no puede fundamentarse una personalidad creativa y enriquecedora.

Aunque *Las heridas del viento* se publique después de *10*, lo cierto es que se trata de un texto que fue escrito en 1999 y obtuvo el primer accésit del premio Antonio Machado del año 2000, con lo que es anterior incluso a *5 historias intolerables*. Así reza la dedicatoria: “A mi padre. Por todo lo que sé de él...”. Si hay una obra en la que Juan Carlos Rubio habla de la diferencia entre lo que se es, lo que se cree ser y lo que los demás creen que uno es, sin duda es esta, y no es casual que hable de su padre –o de cualquier otra persona- en esos términos, porque una obsesión que una y otra vez se trasluce en todas sus obras no puede desentenderse por completo de su personalidad, no ya creativa, sino civil. Y es curioso cómo dedica a su padre una obra sobre la búsqueda de un padre, lo que sirve también para emparentar este texto con el resto de los suyos: la hija de *Esta noche no estoy para nadie*, que ha crecido sin el suyo; las mujeres de *Tres*, que buscan un padre para sus futuros hijos; la disputa entre el viejo y su hijo, que da lugar al periplo por la aridez de *5 historias intolerables*; la protección paternal del anciano Manolo de *El bosque es mío*; la complicada relación entre el abominable y endiosado hombre *10* y su hijo psicólogo...

En todas estas obras, al tiempo que habla de las dificultades que entrañan el crecimiento y la maduración, Juan Carlos Rubio se pregunta por ese hombre que vela los primeros cambios del ser. Un hombre cuya identidad es doble, porque sigue siendo él a la vez que se convierte en padre y, por tanto, en guía de una nueva identidad. Es uno y no deja de ser el guardián de otro; es uno y, hasta cierto punto, es también otro.

En *Las heridas del viento*, ese padre está siempre presente aunque no aparezca jamás, pero no es la única faceta de la personalidad que se pone en juego y origina conflicto. También es constante el influjo del ser amado, de esa persona otra en torno a la cual uno puede llegar a construir un monumento y justificar toda una existencia. Si lo que uno es tiene una primera vinculación en la relación con los progenitores, no es menor para el

desarrollo posterior la importancia de los lazos establecidos con los seres amados.

*Las heridas del viento* muestra estas dos fuerzas -la paternofilial y la amorosa- y las pone en conflicto porque ofrecen perspectivas contrapuestas de unos mismos seres. Pero en esa lucha está la riqueza, la porosidad, el valor de semejante visión que a un tiempo enaltece y desmitifica al objeto de atención. Juan Carlos Rubio, una vez más, ha acertado plenamente al disponer esta ruta por las entrañas del ser y la apariencia, del deseo y la realidad, de lo soñado y lo real. Ha creado dos personajes –o tres- que parecen de una pieza pero no lo son, y es en la perfección con que expone a nuestra visión tanta ambigüedad y polivalencia donde radica una más de las muchas virtudes de este autor que no puede ser otro más que él mismo.